

La hora de los 90. Una novela de terror

Fermín A. Rodríguez

SOCIOLOGÍAS FANTÁSTICAS

Hace poco, desde las páginas de la edición de febrero de *Le Monde Diplomatique* (2014), José Natanson señalaba que las ciencias sociales todavía no habían logrado articular una mirada global sobre los años 90, ese período que, según una periodización más bien flexible, se extiende desde la sanción de la ley de convertibilidad en 1991 por parte de Menem hasta el estallido social de diciembre de 2001 que precipitó la caída del gobierno de la Alianza. La sociología y la teoría política han recortado y analizado de forma aislada los aspectos fundamentales de una época, pero es la literatura, según Natanson, la que está dando los primeros pasos en dirección a una historia que integre en una totalidad de sentido los datos dispersos de una época captada como un proceso histórico que, en sus continuidades y rupturas, llega y le da sentido al presente. Instalados en una distancia crítica, sin nostalgia ni lugares comunes, los escritores más jóvenes son los que, en clave de novelas de formación ubicadas en esos años, estarían elaborando, para Natanson, una representación más abarcadora y orgánica de un período histórico a partir de un principio de selección que les permite separar lo importante de lo anecdótico, lo superficial de lo duradero. Novelas recientes de escritores jóvenes como *Los años que vive un gato* (2012) de Violeta Gorodischer, *Alta rotación* (2009) de Laura Meradi y *Los años felices* (2011) de Sebastián Robles responden la pregunta cómo narrar los 90, articulando ese conocimiento concreto, ajeno a los conceptos o a las tesis, que hace de la novela un instrumento de análisis privilegiado de la experiencia social y política.

Pero en los relojes que adelantan de la literatura, la hora de los 90 sonó mucho antes de que la literatura de “treintañeros” que menciona al pasar Natanson comience a esbozar una perspectiva sobre un período reconstruido desde el punto de vista del final. Es más, podría decirse que incluso antes de los años 90, la literatura ya maquinaba proféticamente lo que estaba por venir. Novelas como *Los Pichiciegos* (1983) de Rodolfo Fogwill, una picaresca de sobrevivientes y desertores de la Guerra de Malvinas abandonados en el campo de la excepción para formar una comunidad sin Estado, predicen en más de un sentido el cinismo de las políticas neoliberales y la corruptela económica del menemato, tanto como nuevas formas de asociación “horizontal”, al punto que muchos años después, el propio Fogwill llega a decir en una entrevista que “la argentinidad actual es pichiciega, vive del pequeño comercio con los amigos y los enemigos, medra, se oculta bajo tierra” (Speranza, 423). También Marcelo Cohen, en clave de lo que le gusta llamar “sociología fantástica”, escribió novelas como *El oído absoluto* (1989) o cuentos como los de *El fin de lo mismo* (1992), en las que pue-

den reconocerse las piezas sueltas de lo que fue la emergencia imperceptible del dispositivo neoliberal de dominación social. Su obra corre paralela a la progresiva colonización de la vida por parte de un capitalismo que no deja nada afuera, un mundo administrado donde la economía de mercado y las tecnociencias despliegan un control creciente y sofocante sobre la totalidad de lo viviente. Allí están, en el campo de una imaginación alerta y metódica, las dislocaciones urbanas de la ciudad neoliberal disciplinada por el mercado, la inflación y la amenaza de desempleo; la producción de la figura del incluido y del excluido; las arquitecturas del miedo; las transformaciones de un estado que abandona territorios y poblaciones; la segregación urbana; la ciudad como un delta “panorámico” de islas de ciber-modernidad flotando en el éter digital, desconectadas de sus contextos territoriales; la paranoia de una sociedad de consumidores que “se relamen de miedo”; las campañas de terror contra los pobres, orquestadas desde los medios de comunicación; la cultura guaranga del espectáculo como forma de control; la realidad reducida a eslóganes —“grandes hits del lenguaje convencional”— que cotizan alto en mercados verbales corruptos.

No se trata, sin embargo, de un futuro lejano ni de un espacio exterior, sino del presente en lo que éste tiene de abierto e indeterminado, preñado de potencias en germen, de virtualidades para las que todavía no hay un nombre. Tampoco de la tradición del fantástico rioplatense. Porque a la realidad virtual que postula, al idealismo de los mundos posibles, mentales o hipotéticos de, digamos, *La invención de Morel* (1940) o “El otro cielo” (1966), autores como Cohen o Fogwill oponen la realidad de lo virtual, captada gracias a metódicos mecanismos verbales que hacen ver eso que siempre estuvo ahí, oculto entre los pliegues de la realidad social, al borde de la presencia, y a lo que nunca le habíamos prestado suficiente atención. Basta un leve desvío de nuestros hábitos lingüísticos, un enrarecimiento de la sintaxis, un chirrido verbal o una palabra inventada, para que el mundo representado entre en variación e ingrese, por una grieta abierta en nuestros hábitos lingüísticos, un desfile de signos confusos, viscosos e indeterminados, cargados de impurezas y oscuros presagios, propagando malestar y extrañamiento.

Pero sólo volviéndose irreconocible, rompiendo consigo misma, en ruptura con el orden de las cosas pero también con lo que leemos como literario en una época, podrá adelantarse a la materia y alojar lo que no tienen espacio en el sistema de la realidad, más allá de las formas de significación existentes y de las condiciones colectivas de enunciación de una época. En la frontera de lo verbal y lo no verbal, la literatura está recorrida por las agitaciones moleculares de una materia anónima y difusa, allí donde el presente está cambiando de manera imperceptible, por debajo del umbral de reconocimiento y legibilidad. En el umbral de lo visible y lo enunciable, la literatura ensaya con nuevos modos de decir y nuevas formas de percepción para hundirse en el presente, según una fina escucha del plano de lo sensible que tiene la forma de un materialismo perceptivo que registra las mutaciones y cambios atmosféricos de una realidad saturada de un aire de inminencia.

HABÍA AIRE DE CONTRARREVOLUCIÓN

Hace unos años, cuando ciudades como Buenos Aires, Montevideo, Córdoba, Rosario o Santiago se despertaban “con ese aire raro de los días de la revolución” (*Diario de la guerra del cerdo*, 77), sabíamos que algo estaba por pasar. Los golpes de Estado, los amotinamientos, los pronunciamientos militares autodenominados “revoluciones” comenzaban con una tenue mutación del aire, una vaga intuición de amenaza, un ligero cambio en la presión atmosférica que agitaba los seres y las cosas. Un suspenso cargado de tensiones anticipaba un final anunciado: la interrupción de un orden democrático. Había un clima de inminencia que salía de los cuarteles, una atmósfera saturada de impurezas apoderándose de las calles y los cuerpos, como si eso que llamábamos “aire de revolución” fuera más bien una falta de aire, una bomba de vacío que desalojaba los espacios públicos de cuerpos y de voces y, anticipando el humo de pólvora y de gases lacrimógenos, volvía difícil respirar.

Eran los días de la ciudad estatal/disciplinaria, un montaje de poder encargado de producir cuerpos sumisos y maleables adecuados a la norma de producción dominante, “desubjetivados en términos políticos y resubjetivados en términos económicos como fuerza de trabajo” (Foucault). Lugar de reconocimiento y de identificación, el Estado produce subjetividad sobre un espacio estriado por instituciones que tomaban a su cargo la producción de ciudadanía, corrigiendo toda arista improductiva, eliminando cualquier desvío, inoculando terror en las personas.

El aire de revolución tenía una carga de inminencia insoportable. Algo iba a suceder, un desencadenamiento de fuerzas represivas tensadas al máximo que terminaría, una vez más, con el estado afuera de la ley ejerciendo la violencia soberana sobre una sociedad de sujetos constituidos por la represión y el miedo. Cortando los lazos de amistad y solidaridad, el Estado de Sitio vaciaba las calles de cuerpos que se retiraban a los márgenes de lo privado: cada cuerpo en su lugar, desolado, separado de lo que puede, adaptado a la norma, hundido en la desolación y la impotencia de no poder transformar por medio de la acción política las promesas de emancipación en una forma de comunidad.

De hecho, la insurrección de 2001 en Argentina fue un abierto desafío al Estado de Sitio por parte de una multitud que en un clima festivo y afirmativo, salió a la calle para reencontrarse con el poder de actuar en común y cooperar productivamente —un potencial que los vocabularios teóricos del presente piensan en términos de “vida”—. En el acto de ocupar los espacios públicos, de desplazarse en masa por la geografía de la ciudad, se abrió un espacio de prácticas y resistencias comunitarias que tenían como condición la verificación subjetiva de que el terror militar ya no era una amenaza (Colectivo Situaciones).

Pero lo que se disipó en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 no fue el aire de revolución de la ciudad ausente, sino el aire de contrarrevolución de la ciudad biopolítica —una ciudad de sujetos aislados, individualistas, prepolíticos, donde la fuerza de separación viene del mercado y de una cultura

del consumo que tomó a su cargo la producción de subjetividad—. En las democracias de mercado nada asegura el vínculo ciudadano; las mediaciones políticas de la sociedad estatal se han desvanecido en un entramado de poderes posdisciplinarios que no tienen al estado nacional ni a las formas de habitar la nación como referencia exclusiva para la producción y regulación de la subjetividad. Del espacio-territorio, disciplinado por las instituciones estatales, pasamos a un espacio cargado de vida, un espacio-población (Cavalletti, 151) codificado y regulado bajo el signo del capital en su etapa de reconversión neoliberal, que hace del cuerpo, sus afectos y pasiones una materia apropiable, privatizable, colonizable, objeto de control y explotación macroeconómica por parte de un poder de hacer vivir y dejar morir según un ordenamiento biopolítico jerárquico.

Reducido a materia viviente, el cuerpo de la multitud se vuelve blanco de una fuerza de separación que crea seres aislados, separados de lo que pueden, condenados a formas de miseria extrema y explotación por la retirada de un estado que se desentiende de territorios y poblaciones. Podría decirse entonces que a fines del siglo XX, según una genealogía que se remonta hasta la fundación de los estados liberales del siglo XIX, gobernar es poblar, esto es, poner lo viviente en el núcleo de las preocupaciones de un poder macroeconómico de gerenciar, colonizar y reforzar la vida de una sociedad reducida a mera población, esto es, un conjunto múltiple de cuerpos dejándose vivir y modelar por redes biopolíticas de control y regulación que actúan al nivel de los deseos, los hábitos y los miedos.

EL MAL MENOR: LA ECONOMÍA DEL TERROR

Si en la sociedad disciplinaria el aire se espesaba cuando algo estaba por pasar, en la ciudad neoliberal algo pasó, una alteración permanente e invisible del presente, una invasión de fantasmas, una atmósfera saturada de incertidumbre e imprevisibilidad económica que vino a implantarse como una imperfección definitiva, sin suspenso, al nivel imperceptible de las repeticiones y los hábitos. Se trata de un poder difuso, imperceptible, coextensivo a un cuerpo social transformado en espacio-población. El poder posdisciplinario trabaja sobre la textura sensorial y cognitiva de la vida, creando un campo social para el deseo individual, infundiendo miedos, separando de nuestras vidas las fantasmagoría de una existencia deseable que lleva inscrita en su reverso una vida temible.

Esa misma vida, sometida a los mecanismo del poder, fue la materia de una literatura que se dedicó silenciosamente a localizar y desmontar las operaciones biopolíticas fundamentales. La pregunta por la naturaleza del poder estatal, que organizó buena parte de las políticas de la literatura de los años 80, se desplazó en los años 90 a la pregunta por el lugar, el “dónde” de un poder afectivo deslocalizado, virtual, que parecía haber desaparecido en un aire de contrarrevolución que lo envolvía todo. La literatura ensayó formas de explorar el campo de mutaciones imperceptibles que envuelve la ciudad neoliberal, haciendo ver un poder que, como la carta robada del cuento de Poe, está oculto a plena luz, en

la superficie de la vida cotidiana, al nivel de los hábitos del pensamiento y esas subnociones que se imponen sin formularse nunca.

La novela latinoamericana captó tempranamente este poder difuso y productivo del capital colonizando la totalidad de la vida cotidiana. Una novela publicada en 1996, escrita en los primeros años de la década que cambiaría el mundo, *El mal menor*, del escritor argentino C. E. Feiling, narra en clave de terror el resquebrajamiento gradual del “Cerco” —una frontera invisible que separa la vigilia del sueño y que sostiene la consistencia del mundo tal cual lo conocemos—. La novela se dedica a cercar la realidad, a construir un punto de vista extrañado sobre la realidad a partir del uso politizado de un género —el terror—, que sirve para articular un tipo particular de experiencia histórica. De todos modos, como señala Ricardo Piglia en el prólogo a una reedición reciente de la novela, no se trata tanto de una novela de terror como de una novela *sobre* el terror que padecen una serie de personajes clarividentes que ven lo que los otros no ven —a saber, que en un Buenos Aires barrial y costumbrista, comienza la transformación imperceptible de un mundo donde los peores sueños están en vías de volverse realidad—.

Desde el año 1989, el Buenos Aires de la novela se moderniza de maneras inquietantes. Arquitecturas sombrías o nuevos consumos globales alteran la ciudad, en paralelo con el ensanchamiento progresivo de una brecha que comenzó a abrirse el mismo año de la caída del muro de Berlín y el traumático desmoronamiento del bloque soviético (Feiling, 41). Un viaje sentimental de la protagonista a Cuba, lleno de premoniciones, capta los primeros crujidos de un derrumbe que está expandiéndose como un sueño por La Habana, Londres y Buenos Aires, y que sobre el final de la novela abarcará el mundo entero. En la memoria de la protagonista, La Habana es una tierra de nadie que se confunde con el paisaje pos-industrial de Detroit, con casas en ruinas, basura en las calles y rostros apáticos de jóvenes negros sin empleo aparente. En una ciudad asfixiada por el bloqueo económico, bandas de niños forman alrededor de los turistas extranjeros “un muro de necesidades insatisfechas” por encima del cual saltan las promesas de consumo de los paraísos capitalistas (86). Así, “después de 1989 no hay esperanza”: todo había empeorado, verifica desilusionada la protagonista, que había imaginado que el final de la Guerra Fría inauguraba un mundo mejor, “sin religiones ni boludeces” —boludeces, podría agregarse, del tipo “lucha de clases”, “ideología”, “igualdad” o “solidaridad”, arrumbadas junto con los sueños de emancipación en los museos de la revolución (92)—. El colapso de los regímenes socialistas fue, antes que nada, un triunfo del consumismo sobre la producción. El mundo que ve venir es un mundo global, uniformizado por la circulación de las mercancías, donde los cubanos son consumidores de Budweiser, Thunderbird y Gatorade, y los anti castristas retornan de Miami para importar televisores y vender crack en sociedad con ex jefes del partido.

La brecha parece seguir los pasos de la protagonista, que de vuelta en Buenos Aires, queda en el ojo de un huracán de fuerzas ocultas que oscurecen un presente plagado de monstruosas fantasías. Hundida en la desilusión, la pro-

tagonista, que alguna vez había llevado en la solapa un pin con la leyenda *THE COLD WAR IS OVER* (233) porque la perspectiva de que el mundo cambiara no le parecía del todo indeseable, se convertirá en parte de una sociedad secreta con la responsabilidad de preservar El Cerco, “que viene a ser algo así como impedir que el mundo cambie” (207). La novela termina resolviéndose al nivel del cuerpo y la sexualidad, del uso de los placeres y de los estilos de vida, una explosión de goce que termina violentamente con la vida de la narradora por no soportar “encontrarse con el hombre de sus sueños” (235).

Como soñar se había vuelto peligroso, la protagonista había pedido poco antes de morir “que el mundo entero deje de soñar” (208). Leído en clave de desilusión e impotencia política, la pretensión de dejar de soñar pertenece a una sociedad donde la revolución ha desaparecido del horizonte del presente y la economía se autonomiza de la política. Pero en la utopía capitalista que la caída del Cerco parece estar anunciando, ¿los sueños no son la fuerza motora de la triunfante economía de mercado? Todo orden político despliega un campo social del deseo; la economía no se juega tanto al nivel de una demanda instrumental y racionalmente organizada como al nivel de las fantasías que alimentan el deseo —un deseo despolitizado, estructuralmente insatisfecho, organizado alrededor de la falta por una cultura del consumo que atrapa y coloniza la imaginación individual y la transforma en el blanco de estrategias del poder que actúan al nivel de los hábitos y los automatismos de conducta de un sujeto al que se le ha vuelto imposible distinguir entre su propio bien y el interés económico— (Berardi, 190). A él van dirigidas las mercancías, los entretenimientos y los placeres ligados al cuerpo y a la sexualidad (drogas, alimentos, películas, consumos gourmet), en una novela que registra un incremento de la actividad onírica, una invasión de imágenes flotando fetichísticamente en el cielo enrarecido de una ciudad acosada por fantasmas.

En la utopía capitalista, el deseo se desplaza fantasmáticamente de un producto a otro en busca de una satisfacción final postergada, alimentada por fantasías de consumo que canalizan la falta y desarman la política utópica tradicional. Cuando el poder se mete en nuestros sueños, cuando la economía capitalista se apropia del potencial utópico de una sociedad y lo pone a su propia disposición, dejar de soñar, sacudirse las ilusiones de los sueños, se vuelve la consigna de una novela que puso en escena, de manera terrorífica, la brecha que el mandato de gozar abrió en sujetos divididos por una falta organizada socialmente, sin aclarar cuál era el mal menor: si la promesa de seguridad ligada al consumo o el miedo a quedar insatisfecho.

BIBLIOGRAFÍA

- BERARDI, Franco. *The Soul at Work. From Alienation to Autonomy*. Trad. Francesca Cadel y Giuseppina Mecchia. Los Angeles, Semiotext(e), 2009.
- CAVALLETTI, Andrés. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2010.
- Colectivo Situaciones. *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires, De mano en mano, 2002.
- CHEJFEC, Sergio. *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*. Buenos Aires, Norma, 2005.
- FEILING, C.E. *El mal menor*. Buenos Aires, Planeta, 1996.
- LUDMER, Josefina. *Aquí América latina: una especulación*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.
- MARAZZI, Christian. *Capital and Affect. The Politics of the Language Economy*. Trad. Giuseppina Mecchia. Cambridge, Mass., MIT Press, 2011.
- MUNARO, Augusto. "Fogwill y *Los Pichiciegos*: Visiones de una batalla subterránea". En *Los Andes*, 21 de agosto de 2010.
- NATANSON, José. "La década extraviada". En *Le Monde Diplomatique* 176, febrero de 2014.
- SCAVINO, Dardo. *La era de la desolación. Ética y moral en la Argentina del fin de siglo*. Buenos Aires, Manantial, 1999.
- SPERANZA, Graciela. "Invisibles. Malvinas 1982-2012". En *Exlibris. Revista del Departamento de Letras* N° 1, (2012), pp. 420-427.